

¡Oh amigo! eleva tus miradas hacia el cielo, y apaga tu sed en el vaso rebosante de la inmortalidad.» Yo exclamé con los ojos apagado por el sueño terrestre: «Aun es de noche. Mientras dura el crepúsculo no se sabe si el día declina ó si el día adelanta. Contemplemos, pues, anticipadamente el sol inmutable de las almas, cuyo brillo resplandece en la figura del sabio.»

El poeta no busca ya en la Naturaleza la fuente increada de la vida y de la palabra, porque en sí mismo la encuentra. Ahora bien; ¿no es esta precisamente la diferencia esencial existente entre el Oriente moderno, entre el *Zend-Avesta* y el *Corán*?

II

**La religión del Egipto.—La revelación
por la vida orgánica**

Hay pueblos que nunca, al parecer, han tenido infancia, y de los cuales se creería que fueron formados ya adultos y maduros. Otros son ya viejos al nacer. Lo cierto es que todos ellos tienen siempre la misma edad que sus creencias. Así, al través del Oriente se ven avanzar de civilización en civilización, como por otros tantos grados marcados por el hierofanta, procesiones de dioses cada vez menos nativos y más reflexivos, más sabios, tristes, según que de sus cunas se van alejando, caracteres que comunican á las edades en que viven y á los pueblos en que son adoptados. De este modo llegan por fin á la sociedad egipcia, y allí se detienen inmóviles, como llegados al término de la iniciación oriental. Hijos de la aurora, después de haber cruzado por el espíritu del hombre, acaban por inclinarse á las tinieblas y rodearse del misterio. Un paso más, y tocarán en los límites del sofisma.

Pero ¿qué es lo que puede significar la civiliza-

ción de Egipto, sino una mezcla del genio del África y del Asia, un istmo levantado en el mundo civil entre dos continentes? Como su esfinge, posee doble naturaleza, con la cabeza pensativa del extremo Oriente y el cuerpo poderoso de los leones de la Libia, pues bebe incesantemente en el corazón de la Abisinia y de la Etiopía la vida y los ritos de los trópicos. Allí se encuentra, con el más antiguo templo, el primer vestigio primitivo de aquella sociedad que sale, como el Nilo, de los montes desconocidos del África, despertándose al ruido de las cataratas. Una casta sacerdotal lleva en sus arenas el principio de la vida moral, y de este primer establecimiento en Moroe arrancan ya colonias de sacerdotes y peregrinaciones sagradas, que, siguiendo el curso del río, descienden primero á Tebas, después á Memfis y últimamente al Delta, en cada uno de cuyos sitios elevan santuarios que se convierten en lugares de asilo, comenzando toda ciudad por un templo. En torno de estos santuarios reúnen las tribus del desierto. Estas poblaciones acrecen, como otros tantos afluentes, la ola de las generaciones indígenas: nubios, abisinos, etíopes, árabes, nómadas, todos de origen y color diversos, rojos, blancos, negros, cobrizos y atezados. Esto explica, desde luego, la permanencia de las castas en todas las épocas de esta historia. Durante mucho tiempo las ciudades sin lazos recíprocos forman otros tantos oasis sociales á la entrada del desierto. En este momento de debilidad

es cuando el Egipto se ve sorprendido por la invasión de los pueblos pastores, que amenazan rechazarle hasta la Tebaida; mas estos conquistadores son domados. Constitúyese su unidad nacional con la de un Dios común, sobre el cual se regula su genio, y acaban por tomar insensiblemente las costumbres y por aceptar los destinos y el alma misma del gran río, hasta el punto de sentir deslizarse su vida con el agua desde la Etiopía hasta el mar. Siempre de acuerdo con él, como él una vez llega á desbordarse sobre el mundo en tiempo de Sesostris; pero muy presto vuelve de nuevo á su cauce para nunca más abandonarle. Ocho siglos antes de Jesucristo habíase ya secado.

Aunque no haya sido posible descubrir los himnos de los sacerdotes ni los poemas de Isis, es lo cierto que el velo que encubría el genio del Egipto se ha descubierto en nuestros días, al mismo tiempo que el de la India y la Persia. Mas la Biblia de los Faraones no fué nunca escrita en hojas de palmera, y no parece sino que el continente del África, no representado en el mundo por ningún idioma consagrado y verdaderamente mudo comparado con los otros, no pueda elevarse en parte alguna al milagro de la tradición por la palabra. ¿Quién oyó jamás hablar de una Iliada africana? Es lo cierto que después de haber producido dos civilizaciones, como la egipcia y la cartaginesa, ni un solo monumento perenne dejó en parte alguna de una lengua articulada. El silencio, como si le hu-

biese sido negado el poder de desarrollar libremente la palabra humana, es allí el fundamento de la religión. Á sus dioses cinocéfalos les falta el órgano del lenguaje; su Biblia está formada de piedras, y los caracteres del Antiguo Testamento del África no son otra cosa que obeliscos, pirámides, necrópolis, hipogeos y templos revestidos de letras de granito que, como el libro de Hermes, de cabeza de gavilán, se extienden desde la Nubia hasta el Delta.

Penetremos en uno de estos templos, pues que allí es donde existe el espíritu que ha dado vida á aquel pueblo. Largas avenidas de esfinges con la frente de carnero preceden á la muchedumbre divina; dos obeliscos contienen la dedicatoria y marcan con su sombra el camino del sol Osiris. Salvemos el peristilo, en donde se halla tallada la gran puerta que se abre sobre un corredor adornado de pilares, contra los cuales se apoyan algunos colosos. Los capiteles de las columnas están formados con hojas de palmera sobre la arena humedecida por las lágrimas de Isis; los acres perfumes del desierto se exhalan de aquellos cálices de piedra; vense algunas flores de nenúfar, cuyo germen está oculto en el río sagrado. Más allá de esta vegetación de granito elévase un nuevo peristilo y un nuevo pilar, que conduce á un recinto semejante al primero. Después, en fin, de estas moradas en que se encuentran marcados los progresos de la iniciación, apercíbese ya el santuario. Separado

de la ciudad por calles infranqueables, todo nos dice que esta es la habitación de una casta que nada tiene de común con el resto de la nación más que sus dioses. La luz apenas penetra allí por raras aberturas, y á su dudosa claridad se ve grabada la leyenda del Dios, para cuyas magníficas palabras parece formada esta arquitectura. «Yo soy todo lo que es; todo lo que ha sido y todo lo que será; no ha habido mortal que haya sabido levantar el velo que me cubre. El fruto que llevo es el sol.» Estas inscripciones prestan otras veces voz al monumento mismo gritando las piedras en sus diálogos. He aquí lo que dice al Faraón de Tebas la conductriz del mundo: «Te hemos dado el Egipto, la tierra nutriz.» Y el Dios responde: «Nosotros deseamos que estas piedras sean tan duraderas como el firmamento.» ¿Qué encontramos después de esto, cuando llegamos al fondo del santuario y tocamos el pensamiento mismo del edificio? Colosos sentados, con cabezas de leones, de gavilanes y carneros, y acá y allá momias de cuadrúpedos, de aves y de serpientes. ¿Qué significa, pues, semejante santuario, tan perfectamente acabado, sino el antro en que la Naturaleza misma esboza, conserva y fabrica eternamente los tipos de toda la creación animal?

Y en efecto, lo que distingue al Egipto del Asia es el haber buscado sobre todo la revelación en el milagro de la vida orgánica. El culto del animal: he aquí el signo de la raza de Cam, el rito del

África. Ni la luz ni la palabra podían enseñarle su creencia; una y otra son demasiado sutiles para ella, y su genio inferior tenía que ir á buscar sus rasgos divinos, no en un prodigio social, sino en el corazón del león y el gavilán; ¡liturgia de la inteligencia esclava! ¡primera sanción del *Código negro!* Postrándose el hombre ante el animal, consagra su servidumbre, y en lo que está de su parte hace del África la tierra madre de la esclavitud, porque además de estos simulacros, existían en el recinto de los templos verdaderos dioses vivos, cocodrilos adornados con pendientes en las orejas y con brazaletes de oro; leones cubiertos de bordados tapices y ante los cuales humeaba el incienso; perros que aullaban en las procesiones; serpientes alimentadas en los santuarios. ¿Y no vemos en nuestros mismos días á los africanos, desde la Libia hasta el Senegal, adorar los principales animales de sus desiertos? Hijas de esta raza, las tribus que insensiblemente formaron las castas inferiores del Egipto llevaron consigo unas en pos de otras á sus dioses, que aullaban, rugían, graznaban y á los que habían conocido en la soledad; y cuando estuvieron reunidas, el sacerdocio, que las constituyó en sociedad regular, adoptó todas aquellas divinidades de origen africano. Más tarde este culto fué elevado por la civilización que, sin renegar del instinto popular, lo levantó hasta el ideal de donde nació la esfinge. Al formarle, el Asia puso la corona de la inteligencia sobre la frente del África.

Amor, terror, adoración de la vida en todas las cosas, ardor, potencia, embriaguez de la bestia salvaje, en aquel instante mismo en que la naturaleza de los trópicos rugía en torno de la sociedad naciente, en que el alma carnal del África penetraba toda en la civilización de los Faraones, en que el fermento de los desiertos desconocidos hervía en el corazón de las ciudades y en que el eco de la patria de los monstruos estallaba por la voz de Osiris! Sería necesario, para explicar el principio de estos ritos, descubrir el cuadro de la vida orgánica en la época en que comenzaron, porque hoy estamos más bien acostumbrados á hollar con nuestros pies la raza de los animales; hoy están domados, subyugados, encadenados, cuando entonces eran los señores, que no habían sentido ni el freno ni el aguijón, que poseían aún su libertad, su fuerza y su fiereza pristinas.

¡Qué maravilla para el hombre nuevo! La vida germina y hormigüea bajo sus pasos. En el seno de una naturaleza violenta, que engendra y crea con furor, hállase sumergido, por decirlo así, en un prodigio perpetuo, y no puede dar un paso sin tropezar con un milagro. Todo se agita, murmura y fermenta, desde la flor acuática, que germina en el misterio, hasta el escarabajo, que parece una flor viviente. Dondequiera que vuelve sus ojos, descubre mil seres sin padres conocidos ni predecesores; polvo sagrado que se fecunda á sí mismo. Pero al fin encuentra en la soledad un ser más

poderoso que él, una inteligencia que prevé y conoce lo que él ignora, una serpiente, un águila, un gavián, que reinan sin rivales en una gran porción del desierto y cuyos movimientos y costumbres son tan regulares como los de los astros mismos. Son además mudos, lo cual aumenta el misterio, porque no puede preguntarles. Piensa que poseen una ciencia secreta, porque presienten el cambio de las estaciones, y siguen con toda seguridad en sus emigraciones caminos nunca trazados. Ya rugen, y como si su voz fuese la de la Naturaleza misma, todo calla en torno de ellos; ya quedan inmóviles como los jeroglíficos vivientes de la creación, cuyos secretos sólo ellos poseen. ¡Cuántas profecías pendientes de sus pasos! El más infimo sabe por lo regular tanto como el más grande. ¿Y acaso el humilde escarabajo, al vestirse con su túnica de oro, no indica la vuelta de la estación fecunda? ¿No marcha el ibis como un hierofante delante de las ondas del Nilo mostrándoles el camino? ¿No es el terrible cinocéfalo, imitador del hombre, errante lejos de las ciudades y cuya cabellera semeja la de las momias, el primogénito de la primera noche? Por otra parte, cuando el hombre llega á la tierra desnudo, hállala ya ocupada por soberanos legítimos, que le disputan el trono del mundo, pues de generación en generación el león ha venido siendo el rey del desierto, el cocodrilo de los ríos, el águila del cielo. ¿Qué viene á hacer este pretendiente de la vispera, dónde tiene sus títulos? Sin duda que

el esclavo encorvado bajo su trabajo envidió más de una vez las alas del pájaro (1) ó los pies del caballo del desierto, para sustraerse á su servidumbre hereditaria, y cuando al levantar su cabeza hacia las pirámides, obra de sus manos, veía al gavián de la Nubia descender cual soberano sobre su cima como á su natural morada, no estaría lejos de mirarle como el mensajero viviente de la inteligencia alada que flotaba sobre su cabeza. Olvidemos por un instante nuestra civilización y el cristianismo, y podremos adivinar hasta qué punto el prodigio permanente de la naturaleza viva en medio de la naturaleza muerta debió sorprender, maravillar y transportar al hombre *desnudo aun de cuerpo y espíritu*, ante la presencia de ciertos animales, que él juzgaba dioses ó reyes de los demás. Y aun en medio mismo del último siglo, ¿no encontramos un gran hombre, Buffón, que por la fuerza del genio supo hallar en el fondo de su ser algo de estas impresiones del hombre naciente? ¿No ha prestado por ventura cierta majestad sorprendente, una especie de realeza, en sus descripciones del león, del águila, del elefante, á estos grandes representantes de la naturaleza animal? ¿No se ve el hombre frecuentemente sobrepujado y como destronado en estas pinturas por aquellos reyes de la soledad, que parecen los únicos libres

(1) Es el mismo sentimiento que hemos visto expresado tantas veces en los cantos populares de China.

é independientes en medio del servilismo de la sociedad civil?

Figurémonos, no al hombre de genio auxiliado con la experiencia de todo el pasado, sino al hombre perdido en el desierto de la Naturaleza, en el origen mismo de la creación, y advertiremos que no puede contentarse tan sólo con el lenguaje poético, sino que tiene necesidad de atribuir un no sé qué de sagrado á aquellos soberanos de la creación animal. La serpiente misteriosa se deslizará, como el río sagrado, al través del gran valle, ó replegándose sobre sí misma, formará el anillo eterno; el carnero de Júpiter Ammón guiará el rebaño de las criaturas, y tendrá consagradas en el cielo como en la tierra constelaciones vivientes; las ciudades del león, del chacal, del cocodrilo, se extenderán hasta los umbrales de la Nubia, y todo el genio de la indómita África fermentará y mugirá en el seno de su Isis. Porque comprendemos que el hombre haya podido adorar al animal, pero no nos parece tan claro que haya nunca adorado al hombre: ídolo por ídolo, cuando quiso rebajarse prefirió divinizar al carnero ó al escarabajo, mejor que al gran rey de Persia, del Egipto ó de la India.

Tal es el elemento indígena del culto del Egipto: ritual del esclavo, por el que aquella sociedad lleva el estigma del África. Pero el sacerdocio egipcio, que construía los templos y emancipaba este continente, no podía contentarse con aquellas liturgias del desierto, y añadióles un sentido pro-

fundo, coronando con un sistema dogmático aquellas creencias populares. La génesis egipcia, tantas veces comparada con la hebraica, difiere de ésta sobre todo en que cada jornada responde á una encarnación particular, constituyendo así tantas dinastías divinas como épocas en la creación. Júpiter Ammón, el ser no revelado y eternamente insondable, el carnero azul de color de cielo, aparece el primero; después viene su esposa misteriosa, Athor, la *Señora de la Nubia*, que teje eternamente su velo de tinieblas, la madre que tiene en su regazo, que alimenta con su leche al Dios infante, manifestado, revelado, encarnado en la figura del mundo naciente, y con el que se completa la familia eterna. Esta primitiva trinidad, encarnándose una y otra vez bajo diversos nombres en el universo real, se muestra en todo el valle del Nilo, habitando todos sus templos y constituyendo así el principio común del dogma egipcio en medio de todas las variedades de las creencias locales. Como en una monstruosa Belén, hállase en todos los santuarios esta misma familia: el padre bajo los nombres diversos de Ammón, Osiris, Knef; la esposa, la nutriz, la madre, con los de Mouth, Isis, Neith, y el Dios naciente, el Verbo encarnado de esta teología africana, con los de Orus, Khons, Malouli, el niño sagrado que aun tiene el dedo en la boca. En torno de la monstruosa familia gira siempre su enemigo Tifón, el Satanás egipcio, el espíritu de la muerte, aquel cuyo soplo emponzoñado obscure-

ce la luz y envenena las aguas santas. Añádese á esto que el dogma común á todo el Oriente es vaciado aquí en el molde del valle de Egipto, pues era natural que el Dios encarnase para los egipcios bajo la doble figura del sol y del río, en cuyas aguas se mira, aguas misteriosas que traen y retiran la vida; Mesías esperado todos los años en el Antiguo Testamento de este mundo conmovido. Llega, y su esposa la tierra se cubre de flores y de frutos; se retira, y todo muere. ¿De dónde salen sus ondas luminosas? Nadie lo sabe; nadie ha visto la misteriosa fuente, y quizá broten de los mismos pechos de la tenebrosa Athor. Pero su vuelta está fijada por períodos inmutables, y no es preciso más para atribuirle en este sentido una sabiduría, una bondad y una virtud soberanas. Y si el salvaje de América cree oír la voz del gran Espíritu en la voz de las cataratas del Niágara, ¿cómo no había de creer también oírlo el pueblo egipcio en la de aquel río que se desliza al través de la sombra de las columnas y de los eternos obeliscos sembrados como otras tantas plantas sagradas á lo largo de sus riberas? Teología y poesía nacidas junto á las ondas, el sol y el río, el cielo y el agua, el firmamento y la tierra, parecen mirarse en ellas y confundirse en todos y cada uno de sus emblemas. El cielo aparece como un río luminoso, como un Nilo etéreo, que desliza sus ondas en las cataratas del firmamento; los astros navegan en barquillas de oro remolcadas por los genios de la Nubia; Hermes-

Piloto sondea el abismo y guía el timón del bajel del universo, dirigiéndole al través de los escollos, mientras las almas de los reyes corren á su encuentro desde las dos pendientes del abismo.

Naturalmente, el Dios ha de reproducir en su vida todas las vicisitudes del sol y del río, de modo que cada año renace, crece rápidamente y acaba por estallar y desbordar en los espíritus hasta el momento en que, después de haberse manifestado en todo su poder, comienza á ocultarse bajo la arena. Pero es el caso que al paso que el río se retira, palidece también el sol, y hasta la Naturaleza entera, por misterioso dolor herida, se cubre de duelo, apareciendo tanto más desolada en su corto invierno cuanto más espléndida se muestra en aquellos climas del Mediodía. Todo huye ó muere; desaparece el ave sagrada; el escarabajo mismo se hace invisible. Y es que el Dios está herido, se muere en todas las cosas, dejando su sangre de circular en las venas de las plantas secas y marchitas. Desaparecen los murmullos, los enjambres y el movimiento de la vida; desaparece aquella embriaguez sagrada que momentos antes penetraba en toda la tierra. ¿Ni cómo dejar de reconocer en esta languidez, sobre la faz del mundo extendida, la palidez del Dios moribundo? Sin duda Tifón, el Dios del mal, ha secado con su sopro la fuente viva de la luz, y como todo se hallaba fundado en el prodigio permanente de la vida orgánica, la fe misma estaba amenazada cuando este milagro, esta

revelación, disminuía y desaparecía. Inmensa y furiosa queja elevábase del seno de aquel pueblo privado por un momento de su fiesta favorita, y el Egipto entero, á imitación de su Dios, postrábase en su valle como en su tumba. Golpeábanse el pecho los sacerdotes; lastimosas peregrinaciones iban de ciudad en ciudad; por todas partes no se oían sino voces que gritaban: «¡El Dios ha muerto!» ¿Y qué significa todo esto, sino que el hombre, adorador exclusivo de la Naturaleza, llenábase de terror al verla estremecerse y morir? Sentía que su ídolo se le escapaba, y no sabía á quién quejarse, quedándole sólo celebrar la agonía y pasión de aquella divinidad expirante que convertía el universo entero en un Gólgota, y esto es lo que mejor muestra la profundidad de las creencias egipcias. Esta sociedad había celebrado, como todas, el aniversario de la creación, pero mejor y más claramente que ninguna había visto deslizarse como agua corriente la figura de aquel mundo brotado de la urna de Osiris. Por eso también elegía como los monumentos más propios para representar los monumentos de la muerte, pues las pirámides, además de estar hechas verdaderamente para el desierto, conformes en un todo con él, desnudas como él y como él vacías, sin salidas, sin esculturas, sin inscripciones y sin imágenes de vida, no podían haber sido otra cosa en su origen sino sepulcros de los dioses.

Finalmente, de esta misma inestabilidad del Dios sacó el Egipto en parte su grandeza y originalidad,

pues el hombre supo aprovecharse de ella para reconocer su valor y su puesto en el sol: comenzó á estimarse en algo en esos momentos de sorpresa, en esos desfallecimientos del Eterno. Así, en vez de dejarse absorber como en la India por su ídolo, trató frecuentemente de rivalizar con él, y la virtud del Egipto consiste precisamente en haber sabido acomodar el sentimiento naciente de la personalidad con el panteísmo del resto del Oriente. Hasta en la arquitectura se manifiesta semejante alianza. Así, los Faraones elevan ante los templos sus colosos y se sientan tranquilamente para toda la eternidad en medio de la trinidad oculta en el santuario, inscribiendo sus nombres, sin temer que fuesen eclipsados en el árbol sagrado del palacio del sol. Así también, los recuerdos de la vida política, las batallas y los triunfos del hombre tienen lugar propio en la casa de los dioses, como si por la primera vez se ensayasen en realizar su apoteosis; á todo lo cual debe añadirse la idea de la religión de los muertos, que es la confirmación evidente de aquella apoteosis. ¡Cuántos esfuerzos para prolongar la duración del ser hechos por aquellas naciones embalsamadas! Apenas llegaban al trono los Faraones comenzaban á hacerse tallar anticipadamente su sepulcro por las manos de todo un pueblo, de modo que el reinado de aquellos grandes sepultureros puede medirse exactamente por la profundidad de sus tumbas. Esto que hacían los reyes era á su vez imitado hasta por los más ínfimos

artesanos. Pero ¿por qué esta manía de tantas generaciones? ¿Cómo explicar aquel afán de grabar, esculpir y pintar en colores inmortales alrededor de la momia todos los detalles de los recuerdos domésticos, sino viendo en esta ocupación un esfuerzo inmenso para salvar y aislar la vida privada en medio de la vida universal? Los demás pueblos, quemando sus despojos ó entregándolos á la voracidad de los vientos ó á las aves de rapiña, dejaban exhalar y confundirse en el gran todo el espíritu de sus individuos, pero el egipcio quería conservar á toda costa su cuerpo, mansión de su alma, como un vestigio de la individualidad en el reino de la muerte, que debía renacer con sus dioses. Él lo sabía, y por eso anticipadamente construía para la eternidad. Si el templo se arruina, vuelve á levantarle sobre la misma área y según idéntico modelo para abrigar á las generaciones resucitadas, pues que todas las momias, tanto de hombre como de serpiente, león ó ibis, han de reunirse un día en el Josafat del paganismo. El Dios Atmou pesa individualmente, contra una pluma en un platillo de bronce, todas las almas, para evitar mejor la confusión. Si son muy ligeras son arrojadas á los antros infernales, cuyas huellas, primera forma de las visiones del Dante y Miguel Ángel, han conservado las esculturas de Tebas; pero si su peso es justo, son enviadas á bañarse en el Nilo celeste y á coger los frutos del árbol de la vida, é imitando con sus misteriosas emigraciones las del sol durante las

tinieblas, atraviesan guiadas por Hermes al laberinto de las formas, hasta venir á resucitar con el sol eterno en la inmaculada aurora de Ammón.

Si no es posible hallar en estas religiones ni la metafísica de la India ni la magnificencia de la Persia, es lo cierto que el Egipto aventaja á estos dos pueblos por el instinto precoz de la individualidad, que constituye su capital progreso sobre el resto del Asia y que hace de él con la Judea, bajo el punto de vista moral, el Occidente del Oriente. Este principio de fe en la personalidad humana es el que le conservó siempre igual y aun superior á sus conquistadores, ninguno de los cuales pudo variar en lo más mínimo su culto, siendo él, al contrario, quien les impuso sus dogmas. Sólo al cristianismo cedieron éstos, sólo esta religión pudo descomponer aquella civilización de granito, porque el sentimiento profundo de la inestabilidad del mundo visible, el culto de la muerte, la pasión de Osiris sobre el calvario africano, las leyendas escritas por Hermes en el árbol de la vida habían preparado á aquel pueblo, más que á otro alguno del mundo, á recibir la nueva de la vida espiritual y de la inmortalidad cristiana. Ya desde su origen celebraba el Egipto todos los años la pasión de la naturaleza encerrada en el sepulcro del desierto, luego también su natividad y su resurrección en las pascuas paganas. Ni ¿cómo no habría tenido un eco la voz del ángel de la resurrección en aquel inmenso reino de la muerte, en que tantas genera-

ciones indestructibles habían sido depositadas en expectativa del más leve signo para renacer? ¿Cómo aquella trinidad palpitante, que cada templo encerraba, no había de conmoverse y convertirse muy pronto en la trinidad invisible del nuevo culto? Así á la primera nueva de Cristo, la negra madona de Tebas, detestando su horrible criatura, tiende sus pechos al niño de Belén; el gavilán del templo de Nubia con sus alas desplegadas, símbolo carnívoro del Espíritu Santo del África, se transforma en la paloma de Judea, y el sacerdocio egipcio, que hasta entonces se había conservado incólume contra los demás cultos, cede ahora sin defenderse, se retira y desaparece de tal suerte, que hoy es casi imposible hallar el menor rastro de sus últimos instantes. En su lugar surgen súbitamente los solitarios cristianos de la Tebaida; las tumbas de las dinastías tebanas, las necrópolis, las arruinadas ciudades de Rhamsés, se pueblan de ermitaños, anacoretas, cenobitas, que con sus pensamientos purifican el valle de los ídolos, convierten los lobos, las ibis, las serpientes, y abren la ciega pupila de los leoncillos. Antonio del desierto, Pablo de Tebas, Atanasio, aparecen en el umbral de los templos, como si al acercarse ellos toda una civilización se hubiera desvanecido. ¿Y hemos de maravillarnos si en aquella morada los espíritus de estos hombres son asaltados de terribles visiones, si conversan con los centauros, si atroces combates se libran en sus grandes almas, cuando en torno

suyo surgen aún en los bajorrelieves de los templos desposeídos los dioses con cara de lobos y de leones, y en todo el valle encuentran sus miradas las insignias vivas, los mensajeros, los triunfos de la naturaleza enervante de los trópicos? En estas luchas interiores es donde acaba de morir la religión egipcia. Pasan algunos años, y pronto no quedan más que los santuarios perdidos en los océanos de arena; los centauros aterrados muestran, al desaparecer, con su mano (1) el camino de sus grutas abandonadas á unos hombres saludados con el nombre de santos, porque, despreciando los símbolos de la materia domada, conquistaron para siempre la corona del espíritu. El Egipto antiguo ha muerto; el Egipto moderno comienza. Al templo ha sucedido el monasterio.

Se acusa á estos solitarios de haber dado la señal de la disolución social al apartarse del mundo; yo advierto, por el contrario, que nada estaba menos tranquilo ni más poblado que su soledad, pues que tenían en todas partes por compañero al infinito. La idea que les llevaba á los lugares más salvajes no era un espíritu de destrucción, sino más bien el deseo de volver á encontrar, en lugar de una sociedad muerta, el tipo de toda sociedad viva, de toda alianza, en una comunión renovada con Dios. Reanudaban con él el contrato social

(1) Véase esta bella leyenda referida por San Jerónimo. (Edit. Collombet, t. VI, pág. 12.)

que acababa de romperse. Mientras la ciudad humana se desplomaba, recibían ellos en la contemplación de la ciudad eterna el espíritu de las leyes que debía reedificar las abatidas murallas; hasta puede decirse con exactitud que en aquel tiempo el genio del aislamiento estaba en la plaza pública y el principio de la sociedad en la ermita. El alma del mundo civil soplabá desde el fondo de las soledades, lo que me inclina á pensar que el comienzo de toda sociedad se señala siempre por un recogimiento parecido del hombre, que va á buscar su ley en el libro del desierto. Moisés en el Sinaí, Zoroastro sobre el Bordj, Manú en la orilla del Ganges, Orfeo en la Tracia, ¿son por ventura otra cosa que los anacoretas del mundo naciente, como Antonio, Pablo, Atanasio, son los anacoretas del mundo renovado?

III

El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano.

Desde la primera aurora que los pastores del Alta Asia invocaban en sus himnos del *Rig-Veda*, todo, hasta los mismos cielos, ha cambiado, y sin embargo, aquel mismo culto aparece ahora en medio de la Caldea, sin otras diferencias que las propias de un pueblo ya civil y educado por la experiencia. Babilonia ha heredado la religión de los pastores del Alta Asia. En este intervalo, lo que era inspiración ha pasado á ser ciencia, observación, cálculo. Ya no se atrae á los astros naciéntes con la promesa de una ofrenda de leche, pero se les levantan grandes templos en medio de ciudades construídas según el plan de la ciudad celeste. En la cima de estos templos, formados de torres superpuestas, dispónese para el sueño de los sacerdotes, en vez de toscas esteras, un lecho de oro, y durante las evocaciones van á terminar allí, sobre la púrpura, sus sueños en las constelaciones. Los astros caprichosos, que se elevaban y descendían